

SEPTIMO ARTICULO

VOCABULARIO POLITICO

IGUALDAD

La historia del linaje humano, cúmulo de errores y extravíos de nuestra pobre inteligencia, es la historia de nuestro orgullo y vanidad; porque, excepto lo que el Creador ha tenido a bien revelarnos, nuestra ciencia toda se reduce a hipótesis atrevidas y conjeturas aventuradas, que hoy echamos como argumentos incontestables a la cara de Dios mismo, y mañana arrinconamos con desprecio para preconizar otras que no duran más, ni corren mejor suerte. ¿Dónde está el famoso sistema de Tolomeo? Pasó para ser sustituido por el ponderado del gran Newton, cuya soberbia fábrica vacila ya y amenaza derrumbarse con todos sus sistemas accesorios. No somos más felices en teorías morales y políticas. Hoy apenas se comprende cómo pudieron prevalecer en Europa las extravagancias de la Edad Media; y de las locuras de nuestro tiempo tocará reirse a nuestros nietos, quienes para explicárselas, habrán de hacer mayores esfuerzos de imaginación que nosotros para penetrar en el laberinto de aquellos siglos que llamamos de ignorancia y de barbarie, como para persuadirnos de que el nuestro es todo sabiduría y civilización. Ellos pedirán a la naturaleza americana, a las creencias nacionales y a los antecedentes históricos de nuestras razas, el hilo que los guíe y la luz que alumbre su sendero; pero ni la naturaleza, ni nuestras costumbres, ni nuestra antigua historia podrán decirles por qué, ponderando como ponderamos la libertad del pensamiento, no hemos hecho otra cosa que dejarnos

llevar como ligero corcho por el torrente de teorías y preocupaciones de otros pueblos, fruto de diversas necesidades y circunstancias que las nuestras. Oh, todo pasa! Los sistemas más brillantes y en apariencia más sólidos y firmes; esas teorías que arrastran la opinión del mundo, pobres esfuerzos del ingenio humano para suplir su propia debilidad y pequeñez, son como las flores del campo, que se abren a la aurora y yacen por la tarde deshojadas y marchitas. No así la verdad religiosa, principio incommovible y único consuelo en nuestras incesantes decepciones, ni este gran libro de la naturaleza en cuyas leyes invariables estamos ciertos de hallar reglas seguras de conducta. Tales reflexiones nos ha sugerido el epígrafe de este artículo, la palabra **igualdad**, cuya acepción política e influencia en la revolución americana queremos estudiar el día de hoy; pues nunca se han preconizado más errores ni delirado más que cuando se ha tratado de determinar la posición relativa de los hombres en sociedad; precisamente, porque se ha descuidado el estudio de las leyes naturales o se ha concebido la pretensión de modificarlas o derogarlas, entrando en lucha insana con la naturaleza y con su autor que no se presta a alterar el universo por complacer nuestra miserable vanidad.

Igualdad, según el diccionario castellano, y, sobre todo, según la idea que la palabra despierta en nuestro pueblo, es la conformidad de una cosa con otra, en naturaleza, calidad y cantidad. No se hallan en la creación dos objetos siquiera para muestra de semejante especie de igualdad; por el contrario, su ley dominante es la de una infinita variedad en la unidad, como parece indicarlo el nombre mismo de **uni-verso**. Una piedra no es igual a otra piedra, ni un río es igual a otro río; un árbol, una hoja, una gota de agua no son iguales a otro árbol, a otra hoja, a otra gota de agua. De esta general desigualdad, que por dondequiera ostenta la creación, provienen lo admirable de su armonía y esa hermosura e imponderables encantos de la naturaleza. Hacedlo todo igual, dad al

mundo figuras simétricas y regulares, y tendréis una cárcel por morada; habréis quitado a la imaginación su poderío, despojado a la poesía de sus bellezas y robado a las ciencias un tesoro. El hombre mismo que, incapaz de comprender las grandes armonías de la creación y menos aún, de elevarse hasta lo sublime de su unidad, se contenta con comunicar a sus obras las mezquinas bellezas de la simetría; el hombre, decimos, con toda la fuerza de su ingenio no ha podido producir nunca la igualdad perfecta: dos monedas recientemente acuñadas, del mismo metal, peso, tipo y ley, parecen a primera vista iguales; pero si entramos a examinarlas, entre esas dos monedas hallaremos sustanciales diferencias. Es que esta gran ley de la variedad en la unidad, no rige menos al linaje humano, al hombre individualmente tomado y a sus obras, que al resto de la creación: unidad en la especie y variedad en las razas; unidad en la raza y variedad en las familias; unidad en la familia y variedad en los individuos. Todo es desigual y todo se resume en la unidad. Unidad, atributo del Creador; y variedad, carácter de seres imperfectos o precarios que no se deben a sí propios la existencia!

Contra esta ley ha pecado el orgullo del hombre, ora dando por existentes variedades que Dios no creó, que el sentido común rechaza y que la naturaleza y la ley natural combaten; ora negando, blasfemo! la unidad de nuestra especie que la religión enseña y que las ciencias y la historia demuestran; y ora, en fin, pretendiendo reducir todos los hombres a un mismo tipo y someterlos a una misma regla. Examinemos hoy los dos primeros errores, y dejemos para el artículo siguiente el estudio del último.

Como no es de nuestro plan hacer la historia del hombre social degenerado, se nos excusará el trabajo de enumerar uno a uno todos los pueblos antiguos y modernos no alumbrados por la luz del Evangelio, en que ligadas la superstición, la ciencia y la política, han enseñado e inculcado el absurdo de la división de los hombres en dos clases, opresora y oprimida.

Baste decir que la civilización pagana en sus días más felices, no alcanzó libertad sino para los amos. La severa Esparta, la sabia Atenas, la mercantil Cartago, la poderosa Roma, qué fueron. Poblaciones esclavas, sobre cuyos hombros doblegados, se alzaban erigidos sus señores a hablar de libertad, pero teniendo en su mano la cadena por el otro extremo remachada al cuello de la infeliz nación. ¡Y hoy cuando se trata de igualdad, nos hablan de Esparta, de Atenas y de Roma!

Fue el cristianismo quien, extendiendo su manto de caridad sobre todas las clases sociales, llamando a todos los hijos de Adán a sentarse a una mesa común y santificándolos sin distinción con los mismos sacramentos, anatematizó las absurdas teorías de la ciencia antigua, e inició en el mundo la restauración del derecho; es decir, el obedecimiento a la gran ley de la variedad en la unidad. El, enseñando que ante Dios y su Iglesia no hay acepción de personas y que todos seremos juzgados según los talentos que hayamos recibido y los méritos con esos talentos alcanzados, proclamó la equidad y la justicia como única base de organización social y política, hizo dar a las sociedades el primer paso hacia la república y preparó los progresos futuros de la civilización.

Pero la ignorancia y las pasiones, retardando el adelantamiento moral, demoraron también el económico y político. Desapareció la esclavitud absoluta del paganismo; pero hubo, no obstante, servidumbre: el señor reconocía ya que el siervo era su hermano y como tal le trataba en el terreno religioso; pero en lo civil continuó siempre mirándole como su propiedad. Por otra parte, así como los egipcios habían hecho hereditarias las profesiones y hasta los oficios manuales, los bárbaros dividieron las naciones europeas en dos clases, conquistadora, gobernante o noble y conquistada, gobernada o pechera, y concedieron después el poder supremo al primogénito de una familia. Otra vez se sentó y redujo a práctica la teoría de variedades en la especie humana no creadas por Dios,

y otra vez se entró en pugna con la naturaleza, que no ha hecho de las virtudes y dotes intelectuales bienes transmisibles por herencia ni patrimonio de ninguna familia o dinastía. Sean cualesquiera la religión y circunstancias, la naturaleza humana no varía: así como el vulgar y perverso Cómodo fue en la Roma pagana hijo del filósofo Marco Aurelio, así los Clodoveos, los Carlomagnos y Capetos de la Europa cristiana, tuvieron por descendientes reyes holgazanes o malvados. No negamos que la educación forma una segunda naturaleza. Cuando la virtud, la laboriosidad y las ideas de honor presiden por varias generaciones a la educación de una familia, siempre legítimamente venida al mundo, la raza mejora en lo moral y en lo físico: sus individuos llegan a colocarse a tal altura, que consideran imposible todo lo que es indigno, porque el honor y la virtud vienen a ser para ellos prácticas habituales. ¡Cuántas de estas familias, honor de nuestra raza, no pudiéramos citar sin salir del estrecho recinto de nuestra capital! Pero no es ésta la condición ordinaria de las dinastías y aristocracias políticas que, poseedoras del poder, de rentas pingües y de honores, carecen de estímulo para el ejercicio de la virtud y el cultivo del ingenio. Educados en el lujo, aspirando el incienso de la adulación, y demasiado elevados sobre el resto de los hombres para conocerlos a fondo, los príncipes nietos de grandes monarcas, han sido generalmente almas bajas y plebeyas. ¡Así se venga la naturaleza de la trasgresión de sus leyes!

Sin la historia en la mano, no comprenderíamos cómo ni por qué se ha sostenido, contra la evidencia de los hechos, que los hombres somos todos iguales, ni cómo ni por qué semejante teoría ha podido aceptarse en América española; mas, con la historia todo ello se explica. Desconocido el objeto de la sociedad y establecida la desproporción entre los derechos y obligaciones de sus miembros, el legislador se convirtió en protector de una clase, la menos numerosa y no siempre la más digna de la nación, y la colmó lue-

go de privilegios absurdos, con detrimento de la sociedad entera. Cuando el transcurso de los siglos hubo afirmado estos privilegios elevándolos a la categoría de derechos, y la aristocracia, olvidada de que todos somos hijos de un mismo padre, se creyó de naturaleza superior al resto de los hombres y fue agravando de día en día el yugo de la parte oprimida, entonces la filosofía quiso restablecer la proporcionalidad original; que no se continuase violando la ley de la variedad en la unidad, y proclamó lo que se ha llamado **derecho de igualdad**.

Se trataba de destruir la obra de los siglos; de arruinar el imperio de preocupaciones envejecidas y de exaltar a las clases oprimidas contra privilegios que ellas mismas se creían ya en el deber de respetar; se trataba de restablecer la dignidad del hombre envilecido, imponer a los monarcas, amedrentar a los nobles y arrancarles a ambos los usurpados derechos de la comunidad. Para esto se necesitaba emplear una palabra cuyo sentido fuera a todos perceptible; una palabra que, apasionándose, sirviese para mover todos los corazones, una palabra, en fin, que significara más de lo que se quería; y así como el comerciante pide cuatro por el efecto que tiene intención de dar en dos, la filosofía demandó igualdad cuando sólo deseaba obtener proporcionalidad. Supongamos que el legislador preocupado por una falsa teoría dispusiera que un cóndor, hoy equivalente a diez pesos, corriera en el mercado a la par con once, concediendo así al oro sobre la plata un privilegio innecesario y violatorio de los principios económicos. Tal ley contendría una desproporción, una injusticia, pero no una desigualdad. Sin embargo, el comerciante que reclamara contra ella, diría: pido igualdad en el sistema monetario, y la ley que, en consecuencia, se expidiera, llevaría por título: "ley que establece la igualdad de las monedas de oro y plata". ¿Pero significaría esto que una onza de plata, metal de precio inferior, equivaldría en adelante a igual cantidad de oro, el más precioso de los metales? No por cierto. Así tam-

poco, la declaratoria de la llamada igualdad política, hizo igual la torpeza con el ingenio, la ignorancia con la ciencia, ni la virtud con el vicio.

En Francia, en Europa en general, la palabra igualdad tuvo, pues, significación: las necesidades y circunstancias de esos países no dejaban a los pueblos duda de la inteligencia que debían darle; pues todos, cuál más, cuál menos, habían sentido el gravamen de los privilegios que en lo económico y político gozaba la aristocracia, y comprendían, por lo mismo, que la voz igualdad significaba la abolición de desigualdades facticias. La demagogia francesa, con la genial exageración de ese pueblo, pudo extraviar a muchos; y pudo también, excitando rencores, apasionar a no pocos; pero jamás alcanzó a dominar a la gran mayoría que, a la voz de sus propios intereses e ilustrada por los hechos, siguió en la práctica por el sendero de la justicia. Mas en América española, donde no hubo aristocracia política; donde fue absolutamente extraño el régimen feudal; donde nunca se alzó el humillante trono de los reyes; donde las trabas puestas a la industria eran las mismas para todos, y donde no existió más casta privilegiada que la indígena, que por débil e ignorante necesitaba en justicia particular amparo; aquí la palabra igualdad fue una planta exótica que, en terreno no apropiado a su cultivo, debió degenerar y producir en vez de frutos dulces, otros amargos y acerbos. Acá la palabra se recibió en su sentido literal; y las exageraciones demagógicas, no tropezando con intereses preexistentes, ni con los hábitos y necesidades de la civilización que las contrarrestaran y neutralizaran, debieron caer como teas incendiarias en nuestros pueblos, inflamar sus pasiones y dar nuevo pábulo a la terrible revolución social que los consume.

Si la independencia Americana hubiera sido promovida, o por los esclavos, o en su inmediato interés, la voz igualdad, explicada por los hechos, habría significado abolición de la esclavitud. Pero no fue así; los esclavos, que eran relativamente pocos, no sólo no

tomaron parte en la revolución, sino que formaron en las filas del rey y continuaron en la esclavitud hasta mucho después de establecida la República. Tampoco fue la revolución obra de las clases inferiores contra la aristocracia colonial, sino promovida por ésta en favor de la comunidad. Todo título y distinción de vanidad desapareció en América de una vez, por el espontáneo querer de sus poseedores y no quedaron más desigualdades que las de raza y las provenientes de la riqueza, la ciencia y la virtud. Así, la palabra **igualdad**, con tanto entusiasmo y tenacidad repetida en la República, o no significa nada o significa la abolición de las únicas desigualdades existentes; es decir: la igualación del mérito con el demérito, de la virtud con el vicio, de la laboriosidad con la indolencia y la vagancia y, si se quiere, de lo blanco con lo negro. Por alarmante que parezca esta conclusión, es desgraciadamente lógica y se halla demostrada por los hechos.

Sin la revolución social, que constituye lo más grave de la crisis hispanoamericana, la predicación de igualdad no habría tenido aquí consecuencias funestas, como no las tuvo en América inglesa que no experimentó revolución semejante. El sentido común despreciando todos los sofismas, habría dejado a los pueblos seguir el impulso que les imprimieran la inteligencia, la virtud y el mérito de los hombres llamados a dirigirlos, porque ésta es la ley reguladora de las democracias pacíficas. Pero nuestra revolución social, auxiliada por la religiosa, y dirigida, ora por caudillos ignorantes, enemigos de toda cultura y mérito, que ellos no alcanzan a igualar, y ora por ambiciosos ilustrados pero corrompidos que hallan en la ciencia, la virtud y la propiedad obstáculos a sus proyectos de engrandecimiento personal; esa revolución, decimos, dirigida por esos caudillos, ha explotado sin cesar la voz **igualdad** para solventar la barbarie contra la civilización. El elemento bárbaro en América es numeroso y está en lo general representado en ella por indígenas y negros, mientras que la parte civili-

zada, casi toda de raza europea, es una reducida minoría. Aquí la igualdad de todos, sin consideración a la inteligencia ni a la virtud, equivale a poner el imperio en manos de los bárbaros y tiende a promover la más atroz de las guerras: la guerra de castas que, a Dios gracias, no se ha manifestado todavía. ¿Y queréis convenceros de que la significación dada en América a la palabra igualdad es la que llevamos indicada? Acercaos y oid en los pueblos las conversaciones de corrillo; escuchad las arengas de los demagogos en las sociedades populares o atended a esas proclamas, incultas pero expresivas, que dirigen nuestros gamonales a los pelotones armados, que llamamos guardia nacional. Esto no es nuevo: desde muy al principio de nuestra revolución, se notó la tendencia a nivelar la sociedad por lo más bajo, al revés de lo que sucediera en América del Norte. Allá los dictados aristocráticos de *esquire* y *lady* usados en la sociedad inglesa, se hicieron extensivos a todas las clases sociales; mientras que acá, y especialmente en las tres Repúblicas de Colombia, los dictados equivalentes de *don* y *doña* se suprimieron desde los primeros días de la independencia. En los Estados Unidos se creyó, pues, que la revolución los había ennoblecido a todos, y esto era racional y lógico; pero entre nosotros, si los hechos no engañan, se le atribuyó el efecto contrario.

Trabada en estos pueblos lucha sangrienta entre la mayoría bárbara y la parte culta; generalizada la idea de que libertad es la denegación a toda obediencia y el desconocimiento de todo poder legítimo, e igualdad la supremacía del vicio sobre la virtud y de la ignorancia sobre la sabiduría, las pasiones como era natural, han ido enardecándose cada vez más, y cada día los ambiciosos, arrastrados por su pasión dominante o por la venganza del resentimiento, han hallado nuevo pábulo que dar a la discordia. Cuando el furor ha cegado ya a todos, hasta el punto de hacerse imposible la reflexión, ellos, con la inconsecuencia propia de las pasiones desordenadas,

han predicado una nueva doctrina, digna inspiración del espíritu que los agita: los que tanto hablan de filantropía, igualdad y fraternidad; los que, con el prestigio de tales palabras, han enloquecido a los pueblos; ellos, en escritos que destinan a la instrucción de la juventud, sientan con tono magistral, siguiendo a incrédulos ignorantes, que las tres razas humanas no provienen de un padre común; esto es, que somos diferentes especies de animales. Decir tal cosa a tiempo que nos estamos matando unos a otros, equivale a estimular la matanza; si no somos de la misma especie, la muerte dada al indio o al negro por el blanco o a éste por cualquiera de aquéllos, es acción tan inocente como la de matar a un mono o un buey. ¿Puede darse crueldad más inaudita, refinamiento mayor de perversidad?

La codicia del conquistador español, negaba a los indígenas el alma racional: así le convenía para explotarlos y atormentarlos sin escrúpulo; y hoy la ambición y la venganza pretenden despojarnos a todos de la dignidad de hombres, y de nuestra calidad de hermanos, para emplearnos como instrumentos en nuestra mutua destrucción. ¡Todas las pasiones conducen siempre a idénticos absurdos! La codicia española tuvo por correctivos la voz de santos misioneros, la sensatez de una nación católica, la energía de los reyes, y, sobre todo, la autoridad del Pontífice romano, que lanzó anatema contra esa doctrina de iniquidad y declaró solemnemente a los indios hombres como nosotros, descendientes de Adán y de Noé, y redimidos con la sangre de Jesucristo; pero hoy, los que frecuentemente se han burlado de esa resolución pontificia: esos inventores de los tres Adanes y predicadores de igualdad, hallan en torno suyo centenares y aun millares de necios que aplauden el absurdo. sólo porque ven en él la negación de una verdad religiosa.

Por fortuna, de la consanguinidad de todos los hombres hay un convencimiento tan íntimo y profundo, que nadie podrá destruirlo. La hallamos en

la historia, la sostiene la unánime tradición de todos los pueblos, la demuestra el estudio comparado de todas las lenguas; y la naturaleza, constante en su ley de mantener la unidad sin anular las variedades, acercando unos a otros individuos de las diferentes razas, mezclando la sangre de todas y produciendo nuevas familias, estrecha cada día más los vínculos entre los hijos de Adán, y enseña con hechos que todos somos hermanos. En nada aparece ella más tenaz que en conservar la unidad de las especies. Sin esto, los reinos vegetal y animal serían la confusión más inexplicable; todo sería ya híbrido en la creación. Se asemejaría a las cabezas de ciertos hombres en que se hallan amontonados y revueltos los principios y doctrinas de los sistemas morales y políticos más heterogéneos y contradictorios, y que no producen jamás una idea que no sea un engendro monstruoso.

En esta como en todas las cuestiones relacionadas con el orden social, la Iglesia católica ha dado desde el principio la única solución satisfactoria, porque es la única verdadera, y la ha sostenido firme contra el ataque de todas las pasiones, contra el prestigio de todas las teorías y al través de todos los trastornos experimentados por los pueblos. Todos sois hermanos, ha dicho, hijos de un mismo padre en la tierra, que es Adán, e hijos de un mismo padre en el cielo, que es Dios. Como hombres, sois polvo, y ceniza, y miseria, y nada; y como hijos de Dios, capaces de la ciencia y de la virtud y destinados a la inmortalidad. Los hombres en quienes prevalezca el espíritu sobre la carne, constituyen la nobleza, la aristocracia del cristianismo, y esta aristocracia nunca falta, ni nunca degenera. Por esto, cuantas dinastías han ocupado tronos, se han hundido, más tarde o más temprano, bajo el peso del odio o del desprecio de los pueblos, y no hay aristocracia política que no degenera, caiga y desaparezca; pero la dinastía del Vicario de Jesucristo y la aristocracia de la Iglesia, éstas viven y vivirán, porque no tienen más títulos que la virtud y el

mérito. La virtud hace que en esta sociedad admirable, salgan del taller del carpintero o de la majada del pastor los hombres que, con pacífica majestad, impongan a los reyes, sujeten a los pueblos y reorganicen el mundo. Que rijá la ley moral en las sociedades políticas; que se respeten y eleven en ellas la virtud y la inteligencia, y entonces todas las familias serán dignas; la nobleza será la regla, y la vileza la excepción. Entonces habrá República, y República en cuanto cabe, perfecta.